



El capitalismo en crisis

Del crac de 1929 a la actualidad

Juan Torres López



**BIBLIOTECA BÁSICA
HISTORIA**

Juan Torres López

El capitalismo en crisis

Del crac de 1929 a la actualidad



BIBLIOTECA BÁSICA
HISTORIA

Colección: Biblioteca Básica de Historia
Director: Joaquim Prats i Cuevas,
Catedrático de Didáctica de la Historia.
Universidad de Barcelona

Coordinación editorial: Jesús Navas
Edición: M.^a Luz Núñez
Diseño: Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano
Maquetación: Nerea Daza
Corrección: Sergio Borbolla
Edición gráfica: José M.^a Marcelino
Cartografía: Miguel Ángel Díaz-Rullo
Departamento gráfico: Juan Carlos Quignon, Paz Franch, Miguel Díaz
Rullo, Rafael Sombría, Miguel Ángel Castillejos
Créditos fotográficos: Archivo Anaya (Boé, O.; Martín, J. A.; Lezama, D.;
Ruiz pastor, L.), Album, Corbis/Cordon Press, Efe, Getty, Ministerio de
Relaciones Exteriores de Chile, Latinstock/Reuter, Thinckstock, 123RF.

© Del texto, Juan Torres López, 2015
© De esta edición, Grupo Anaya, S.A., 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15 - 28027 Madrid
Depósito Legal: M-32324-2015
ISBN: 978-84-678-6144-0
Printed in Spain
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

Prólogo	6
1 Los antecedentes de las grandes crisis capitalistas	
1. De las crisis de la Antigüedad a las del protocapitalismo	9
2. Las primeras crisis capitalistas	13
3. Burbujas, locuras y pánicos	15
2 El crac de 1929 y la Gran Depresión	
1. El derrumbe de la bolsa	21
2. El contagio del crac bursátil y sus consecuencias	25
3. Los antecedentes de la crisis	28
4. El detonante de la crisis	34
5. Desajustes estructurales y Gran Depresión	42
6. Las políticas frente a la crisis: el <i>New Deal</i>	49
3 La crisis de la década de 1970	
1. De los años gloriosos a la crisis del petróleo	53
2. Las sombras del Estado de bienestar	60
3. Las causas profundas de la crisis	68
4. Las grandes fracturas de una crisis estructural	76
5. Las políticas neoliberales frente a la crisis estructural	79
4 Las crisis del capitalismo neoliberal	
1. Las crisis de la deuda de los años ochenta en América Latina	83
2. Las crisis financieras de los años noventa	88
3. La crisis y posterior deflación de la economía japonesa	98
4. La burbuja tecnológica y la crisis de las empresas «punto.com»	103
5. La Gran Recesión	107
5 ¿Se pueden evitar las crisis del capitalismo?	
1. Alternativas para evitar las crisis financieras	119
2. Desigualdad y crisis económica.....	122
3. El papel de gobiernos y autoridades.....	123
Anexos	
Documentos	127
Glosario	136
Cronología	138
Bibliografía	139
Índice analítico	140
Índice onomástico	143

Prólogo

El capitalismo es un sistema económico muy contradictorio. A lo largo de su desarrollo se han logrado cotas impresionantes de progreso técnico y social, pero sus conquistas no han alcanzado prácticamente nunca a la totalidad de los seres humanos. En Estados Unidos, por ejemplo, que es la economía más potente y avanzada del planeta, el 1% más rico de su población se quedó con el 68% de todo el ingreso generado desde 1993 a 2012 y con el 95% del correspondiente a 2009-2012.

El motor del capitalismo es la búsqueda permanente del lucro, y eso ha favorecido una acumulación constante de capitales que nunca antes se había conocido y que ha permitido que se multipliquen las innovaciones y que la creatividad humana haya proporcionado soluciones a problemas que hasta entonces solo producían sufrimiento a todo tipo de personas. Pero ese afán de ganancia termina casi siempre por convertirse en una acción compulsiva, casi enfermiza e incluso irracional —los *animal spirits* de Keynes— que se impone sobre cualquier otra lógica social, provocando así desacoplamientos y carencias generalizadas. El capitalismo genera tantas desigualdades que produce una inestabilidad permanente, porque su tendencia a concentrar la riqueza y el poder en muy pocas manos termina ocasionando que la mayoría carezca de recursos para adquirir la totalidad de los bienes y servicios que se producen y eso hace que —en medio de la abundancia— se paralice, sin embargo, la vida económica.

La innata tendencia al crecimiento que, por un lado, trae bienestar se convierte, por otro y a causa de la desigualdad, en un factor constante de perturbación, de crisis y malestar.

Y, además, esa tendencia al crecimiento constante choca con el carácter forzosamente limitado de los recursos naturales. Mientras que el capitalismo es un sistema que busca la acumulación sin límite y se basa en ella —si se frena la inversión, la economía se paraliza—, el planeta impone límites sin remedio, y eso explica también que las crisis sean recurrentes.

Eso es lo que hace que la historia del capitalismo refleje una inercia de expansión continuada pero, al mismo tiempo, una sucesión de momentos en los que todo se interrumpe y se viene abajo, de crisis

periódicas que obligan a empezar de nuevo, y sin que nunca se sepa de antemano o a ciencia cierta de qué manera y con qué efectos se saldrá de ellas: es la «destrucción creadora», de la que hablaba Joseph Alois Schumpeter cuando trataba de descubrir los motores de la implosión y del cambio en el capitalismo.

Ahora vivimos unos años de crisis derivada de una perturbación financiera prácticamente generalizada, pero ni es la primera vez que esto ocurre ni puede decirse que sea esta la que más daño ha producido. Solo desde los años setenta del siglo pasado hasta ahora se han registrado alrededor de 130 crisis o perturbaciones financieras, y ni siquiera en los llamados «años gloriosos» del capitalismo, las tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, se pudo evitar en todos los países que se sucedieran etapas de gran expansión con otras de caída en la actividad.

En este libro exponemos de la manera más clara posible los rasgos principales de las grandes crisis del capitalismo centrandó la atención en las tres más importantes que se han producido a lo largo de su historia. En primer lugar, la asociada con la Gran Depresión de 1929. Más adelante, la crisis estructural que se produjo en el último tercio del siglo xx y, finalmente, las que se han producido desde los años ochenta hasta la que estamos viviendo derivada de la difusión masiva de las llamadas hipotecas basura.

En el análisis de estos tres grandes hitos trataremos de mostrar dos ideas que nos parecen principales para poder comprender la naturaleza y el espíritu del capitalismo. Por un lado, que no se trata de hechos aislados sino de momentos de una misma e interconectada secuencia histórica; no se puede entender cada uno sin comprender lo que pasó en los demás. Y, por otro, que las crisis económicas hay que analizarlas tomando en consideración todas las variables del contexto en el que se producen, y no solo las económicas: las relaciones de poder, la cultura, la ideología y, en general, todo el entramado político y social que las rodea.

Tratándose de un texto de divulgación, se han omitido las citas y las referencias bibliográficas a lo largo del texto, aunque las fuentes de todos los datos que se mencionan se pueden encontrar en la relación de lecturas que se incluye al final del libro.



*Mercaderes negociando y pesando la mercancía,
página miniada del siglo XIV.*

1 Los antecedentes de las grandes crisis capitalistas

A los economistas no les fue fácil hacerse a la idea de la existencia y periodicidad de las crisis económicas porque durante muchos años predominó la idea popularizada por Juan Bautista Say según la cual la oferta crea siempre su propia demanda, de modo que resultaba entonces impensable que pudieran producirse rupturas, crisis, que no fuesen simples accidentes coyunturales que rápida y automáticamente pudieran ser resueltos.

1. De las crisis de la Antigüedad a las del protocapitalismo

Aunque no se analizaran como tales, porque no había conocimiento teórico que lo permitiera, los episodios de crisis de diferente origen y factura son tan antiguos como la humanidad. La *Biblia*, por ejemplo, habla de la sucesión de años de vacas gordas y flacas, y lógicamente debería haber entre ellos momentos de cambio de coyuntura que no siempre serían suaves o sin problemas.

Durante mucho tiempo predominaron economías no monetarias, en las que apenas se utilizaba el dinero como medio de cambio y en las que el comercio se desarrollaba mediante el intercambio directo de unos bienes por otros. Incluso cuando el dinero empezó a utilizarse, también se mantuvo ese tipo de intercambio estrecho entre compradores y vendedores, de modo

Significado de la palabra *crisis*

Se empezó a utilizar en la antigua Grecia para referirse a un momento de ruptura en el que hay que tomar una decisión y que, por tanto, debe ser analizado o enjuiciado.

Hipócrates la aplicó a la situación en la que los síntomas del enfermo permiten al galeno emitir un juicio sobre su enfermedad y predecir sobre ella.

En Roma, su uso quedó relegado a la medicina y a los estudios históricos, designando en estos los momentos de cambio.

En el siglo XIX se comenzó a utilizar en relación con asuntos económicos, justo cuando empezaba a descubrirse su naturaleza específica y las leyes que los regulan. Curiosamente, solo entonces comenzó a tener la connotación de fatalidad y desastre que ahora casi siempre conlleva.

La devaluación monetaria como origen de una crisis general



El emperador Caracalla ordenó en el año 215 que se redujese el contenido en oro del áureo en un 25 %, mientras que se mantenía su valor facial o nominal. Al mismo tiempo, creó otra nueva moneda, el antoniniano, que nominalmente equivalía a dos denarios, pero que en plata solo contenía el equivalente a 1,5 denarios. Al tener menor valor metálico, los productores y los comerciantes pedían mucha más cantidad de monedas por la misma canti-

dad de bienes que antes, lo que produjo grandes subidas de precios. Eso obligó a utilizar mucha más cantidad de moneda, lo que a su vez hizo difícil su transporte. Cuando los productores dejaron de poder vender sus productos en otros lugares, se dedicaron a producir solo para la mera subsistencia en sus ámbitos locales más pequeños y, lógicamente, también redujeron sus compras de productos de otros lugares. Se hundió la actividad económica e incluso la moneda casi dejó de utilizarse. Por primera vez en la historia una crisis monetaria se había convertido en otra general, que en este caso contribuyó al gran cambio social que alumbró el feudalismo.

que era relativamente difícil que se produjeran desajustes entre la oferta que realizaban los vendedores y la demanda que hacían los compradores. Esto, naturalmente, cuando podían llegar a encontrarse y cambiar sus bienes sobrantes, pues se trataba de economías atrasadas y pobres.

Sin embargo, a medida que se fue extendiendo el uso de la moneda y el dinero, la relación entre la oferta y la demanda se hizo indirecta. Los productores que querían vender sus productos se enfrentaban entonces a una gran incertidumbre porque no sabían exactamente ni quiénes iban a ser ni dónde estaban los compradores posibles de sus bienes. Y así aumentaba la probabilidad de que fallase la conexión entre la producción y el consumo, provocando lo que ahora llamamos una crisis; es decir, una ruptura de la normalidad con que se venían dando los intercambios. De ahí que sea en las economías monetarias, y en mayor grado a medida que el dinero desempeña un papel más protagonista —como va ocurriendo con el desarrollo del capitalismo— cuando las crisis se hacen más habituales, por no decir que inevitables.

Y a veces, como en el contexto de la gran crisis del siglo III, son los avatares de la propia moneda los que provocan la crisis. En ese caso, diversos emperadores, como Septimio Severo y Caracalla, devaluaron la moneda para poder financiar sus gastos cada vez más cuantiosos [véase recuadro pág. 10]. Eso produjo subida de los precios (inflación) y un gran desorden en toda la economía.

Las crisis de subsistencia

A partir de esa primera gran crisis no dejaron de producirse otras de diferente magnitud. Son las llamadas crisis de abastecimiento o subsistencia, que tuvieron dos grandes manifestaciones seculares, en el siglo XIV y a principios del XVIII. Aparecían con mayor o menor magnitud de forma recurrente y todas ellas con una secuencia muy parecida. La mejora de los rendimientos

Desigualdad y crisis en la Edad Media

Para financiar ciudades y reinos, se elevaron los impuestos y se crearon otros nuevos. Recaían generalmente sobre los grupos de menos ingreso –la mayoría de la población–, mientras que los más ricos –banqueros, nobles, eclesiásticos– se dedicaban a prestar dinero a las haciendas, logrando rentas más seguras que las que pudiera proporcionar cualquier otro negocio. De ahí surgía una gran desigualdad, que estuvo en el origen de las crisis medievales, pues el «rentismo» de los estamentos privilegiados dejaba menos recursos para la producción y la pérdida de poder adquisitivo de los más pobres debilitaba la demanda.

*Miniatura de 1470. De Sphaera.
Biblioteca Estense, Módena*



Juan Bautista Say
(1767-1832)



Economista francés, gran divulgador del pensamiento liberal de Adam Smith. Su *Tratado de economía política*, publicado en 1803, se convirtió en el libro de economía más leído de la época, lo que contribuyó a que se extendiera la convicción de que las crisis no se producirían mientras funcionasen correctamente los mercados.

en la agricultura, generalmente como consecuencia de cambios o revoluciones técnicas, tenía como resultado el aumento de la población. Este solía ir acompañado de la expansión de la administración estatal, lo que aumentaba la deuda y obligaba a establecer nuevos tributos para sufragarla, que recaían principalmente sobre los agricultores. Estos respondían sobreexplotando los recursos o aumentando los precios. La ausencia de mecanismos que permitieran que los precios de los bienes y los servicios se ajustaran a las circunstancias concretas de su oferta y demanda, así como la falta de conocimientos sobre lo que ocurría, daban lugar al desaprovechamiento, que terminaba por ser generalizado.

A menudo, eran grandes desastres o epidemias las que desencadenaban esos procesos o los acompañaban, agravando el desajuste entre oferta y demanda y sus efectos, todo lo cual culminaba con la subprovisión generalizada y con las calamidades subsiguientes. Así ocurrió en la crisis que generalmente se asocia con la extensión por casi toda Europa de la peste negra, aunque lo cierto es que esta epidemia fue en realidad la consecuencia y no la causa de la crisis de desabastecimiento. En realidad, esta ya había ocasionado problemas desde años antes e, incluso, provocó la quiebra de muchos de los primitivos bancos que habían empezado ya a operar en el viejo continente.

La otra gran crisis del segundo milenio se extendió desde finales del siglo XVI hasta comienzos del XVIII y constituye un largo período de ruptura con el feudalismo para abrir paso a la nueva economía y sociedad del capitalismo. En este caso, el destrozo que supuso la progresiva finalización de las aventuras coloniales, con la expansión que habían traído consigo, se convirtió casi sin solución de continuidad en la energía creadora que provocó una catarsis intelectual, el avance de las ciencias y la innovación que dieron lugar a la articulación de un nuevo sistema económico, el capitalismo, con nuevas formas de propiedad y de utilización de los recursos en donde las cosas ya nunca serían iguales a las del pasado.

2. Las primeras crisis capitalistas

Durante el siglo XVIII se consolidó la «gran transformación», en expresión de Karl Polanyi, que culminaría con la implantación del sistema capitalista a partir de un cambio fundamental que afectó a tres elementos esenciales de la vida social: el trabajo del ser humano, la tierra y el dinero. A diferencia de lo que había ocurrido hasta entonces, comenzaron a convertirse en mercancías que se compraban y vendían y que solo estaban a disposición de quienes tuvieran recursos para ello.

Someter estos tres recursos a la dinámica del mercado garantizó a quien los compraba o alquilaba que pudiera utilizarlos con casi entera libertad. Eso multiplicó la producción y los intercambios. Pero su mercantilización sería también la fuente de un conflicto permanente puesto que es ficticia y forzada, ya que ni el trabajo ni los recursos naturales son mercancías, sino la base de la vida y de la sociedad. No se producen para ser vendidos. E igual pasa con el dinero. Su uso es imprescindible a poco que las economías sean mínimamente complejas. Pero si está sometido a la dinámica de un mercado, solo al alcance de quienes tengan dinero, no se podrá asegurar que la generalidad de la economía disponga de los medios de pago en cualquier momento en que se necesiten.

El resultado de esa tensión contradictoria es la aparición de las crisis como algo consustancial al desarrollo capitalista, tal y como se pudo apreciar cuando comenzó a detectarse su carácter recurrente, por ejemplo, en los estudios que comenzaban a realizar los primeros pensadores que empezaron a ser denominados y conocidos como economistas.

Los grandes desajustes estructurales

A medida que el capitalismo fue consolidándose, se incrementó la competencia entre los capitalistas, lo que se tradujo en el aumento constante de la inversión en bienes de capital para poder controlar una mayor cuota del mercado. Pero eso solo podía hacerse a costa de reducir los salarios, lo que daba lugar a una combi-

Karl Marx
(1818-1883)



Fue el primer economista que realizó un análisis riguroso de las crisis capitalistas. Según él, eran inevitables por dos tendencias contradictorias e innatas del capitalismo: por un lado, la de aumentar permanentemente el capital dedicado a las máquinas e instalaciones y, por otro, la de explotar a la clase trabajadora reduciendo al máximo su salario. En su opinión, eso terminaría produciendo un desajuste por exceso de producción y falta de demanda, que solo se solucionaría cuando desaparecieran empresas y los salarios subieran al escasear el trabajo, aunque más tarde o más temprano volvería a producirse la misma desproporción al explotar el trabajo e intensificar la inversión en maquinaria. De ahí, la evolución cíclica de las economías capitalistas.

nación fatal de dos grandes desequilibrios o desajustes. Por un lado, se generaba exceso de producción (sobreproducción) como consecuencia de esa abundancia de inversión de capitales y, por otro, había consumo insuficiente (subconsumo) como consecuencia del bajo poder adquisitivo de los asalariados.

Solo cuando los salarios se encontrasen ya en niveles muy reducidos y cuando se hubiera producido una importante destrucción de capital, sería de nuevo rentable contratar a más trabajadores y aplicarlos en nuevos tipos de actividades, dando salida a la crisis, hasta que la competencia y la excesiva acumulación de capital volvieran a producir el mismo problema, y así sucesivamente, generando el llamado ciclo económico que acompaña siempre al capitalismo. Cuando esto ocurre, ya en el capitalismo más desarrollado, las crisis dejan de ser simples calamidades o, incluso, solamente repeticiones de una misma secuencia, para convertirse en algo inherente al desarrollo de la economía, en un elemento estructural del sistema económico.

El siglo XIX es casi una sucesión perfecta de crisis decenales (1825, 1836-37, 1847, 1857, 1866, 1873, 1893, 1896). Comenzaron teniendo todavía un gran componente del viejo tipo precapitalista, la subprovisión y su origen eminentemente agrario, pero se convirtieron pronto en industriales y con un claro componente de sobreoferta. Como tales desaparecieron a finales de siglo pero para dar paso a un nuevo tipo de crisis, más amplias y generalizadas, que vinieron de la mano de dos grandes transformaciones. Por una parte, la desaparición de los monopolios ingleses y la expansión del transporte y las comunicaciones iniciaron una nueva etapa de primera globalización o imperialismo, que dio carácter internacional a las crisis. Por otra, la consolidación del capitalismo financiero vino acompañada de grandes perturbaciones asociadas a la especulación y a la ganancia improductiva. La crisis de 1929 y la depresión subsiguiente sería la primera gran expresión y consecuencia de estos dos grandes cambios.



Durante el capitalismo se ha registrado la expansión de la actividad económica más impresionante de toda la historia de la humanidad. Las economías han crecido casi sin cesar, la innovación es constante y se han alcanzado niveles de bienestar nunca antes disfrutados por tantos seres humanos. Sin embargo, todo ello ha ido siempre de la mano de profundos desajustes, de destrucción del medio ambiente y de una gran desigualdad, lo cual provoca crisis y constantes períodos de inestabilidad que, a su vez, traen consigo insatisfacción y sufrimiento humano multiplicados en los últimos cuarenta años. Este libro analiza las crisis que se han producido desde los inicios del capitalismo, con especial referencia a las del siglo xx y a la actual, y termina planteando si son inevitables o si, por el contrario, tienen remedio y cabe pensar que sí es posible entonces que en nuestro planeta no siga teniendo lugar la creciente concentración de la renta que se da en nuestros días, sino estabilidad económica y justicia social.

1580021

